



Entrevista a Silvia Federici*

Profesora de Emérita en la Hofstra University de Nueva York (EE.UU.)



Autora: Marta Jara (eldiario.es)

Silvia Federici, activista feminista y profesora emérita de filosofía política en la Hofstra University de Nueva York, es una de las grandes teóricas del feminismo marxista, al que se acerca a partir de su inquietud por los procesos de reproducción en la sociedad capitalista. Junto con Mariarosa Dalla Costa y Selma James fue una de las impulsoras de la campaña Wages For Housework (WFH),

· Licencia de la foto:

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:La_escritora_y_activista_feminista_Silvia_Federici_\(cropped\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:La_escritora_y_activista_feminista_Silvia_Federici_(cropped).jpg)

* La entrevista fue realizada para la Revista Atlánticas por Antía Pérez-Caramés, coordinadora del presente número monográfico de la revista, Profesora Contratada Doctora en el Departamento de Sociología y Ciencias de la Comunicación de la Universidade da Coruña e integrante del Equipo de investigación Sociedades en Movimiento (ESOMI) y del Centro de Estudios de Xénero e Feministas (CEXEF), ambos de la Universidade da Coruña. Correo electrónico: antia.perez@udc.es ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-6295-0613>

Cómo citar esta presentación: Pérez Caramés, Antía (2020). Entrevista a Silvia Federici. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 5 (1), 175-185. doi: <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2020.5.1.8865>

que, en los años setenta, reclamaba el pago de un salario por el trabajo doméstico. Fue también profesora en la Universidad de Port Harcourt en Nigeria y cofundadora del Committee for Academic Freedom in Africa. Integra el Midnight Notes Collective, un colectivo orientado a la producción teórica y la intervención política bajo un enfoque anticapitalista. Entre sus publicaciones destacan “Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria”, una obra en la que vincula la acumulación originaria del capitalismo con los procesos a las brujas en Europa durante los siglos XVI y XVII; y, en el ámbito de los estudios sobre reproducción, los libros “Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas” y “El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo”.

Silvia ha accedido a responder a unas preguntas para la revista ATLÁNTICAS en el marco de la conferencia que impartió en A Coruña en abril de 2018 y nos ha compartido unas reflexiones sobre la actualidad de las luchas del feminismo en el ámbito de la reproducción.

Rev. Atlánticas: A lo largo de tu obra identificas dos momentos clave en la historia en lo que respecta a la devaluación, a la invisibilización y a la naturalización del trabajo reproductivo: el primero con la caza de brujas; y el segundo entre los siglos XIX y XX con la figura del ama de casa y el salario familiar. ¿Puedes comentarnos algo más acerca de esos dos puntos de inflexión en la historia? Particularmente, las implicaciones que han tenido y en qué medida están imbricados estos dos procesos.

Silvia Federici: En realidad, sería muy interesante escribir una historia del trabajo de reproducción en Europa o en otro lugar y ver las diversas transiciones y transformaciones del trabajo de reproducción. Más o menos, para mí esta historia podría ser en cuatro etapas. Una primera etapa, la de la acumulación originaria, entre 1550-1600 o 1630, es decir, el siglo de la caza de brujas. Este es un siglo en el cual el trabajo de reproducción para una gran parte del proletariado, del campesinado, del artesanado sufre procesos de expropiación y de robo de sus

medios para la reproducción, donde prácticamente el trabajo de reproducción se reduce mucho, muchísimo; donde, por ejemplo, muy pocos proletarios se casan; donde muchas mujeres se van a trabajar y viven en la casa de los patrones como criadas, sean de las ciudades o de las áreas rurales. Los medios para la reproducción son tan escasos y el despojo es tan fuerte que se reduce muchísimo la capacidad de vivir.

Después empieza otro tipo de familia que se fundamenta en el trabajo a domicilio, en el denominado modo de producción doméstico (*putting-out system*), donde ganan relevancia las hilanderas, que recibían ese nombre porque eran mujeres no casadas, eran solteras². Eran mujeres que hilaban en sus casas, con sus maridos, empleando la mercancía que les llegaba a través de los mercaderes. Ésta es la nueva forma que adquiere la familia proletaria, pero en el área rural, porque la primera forma de manufactura se hace en el entorno rural para escapar del poder de los gremios y de las organizaciones artesanales. Así, la producción de mercancía se traslada a las áreas rurales. Esta podría ser la segunda forma que reviste el trabajo reproductivo en la historia. Es por esto que Marx dice que la industria, la gran industria, libera a las mujeres y a los/as niños/as del poder patriarcal, porque el padre era muchas veces quien se beneficiaba del trabajo de las mujeres que hilaban. Es decir, ellas hilaban, pero eran ellos quienes se quedaban con el dinero. El dinero del mercader no iba directamente a los/as niños/as o a la madre; iba al padre. Entonces, era una familia patriarcal.

La tercera etapa es cuando muchas mujeres (aunque no todas) se integran en la gran industria, sobre todo las jóvenes. Cuando lees a Marx parece que todas las mujeres están trabajando en las fábricas y no es así. Entonces, el capital experimenta, como está haciendo ahora también, con las mujeres que realizan un doble trabajo, que es empleada fuera de la casa y todavía realiza trabajo doméstico en casa.

² Aquí la entrevistada se refiere a la palabra inglesa "*spinster*", que puede referirse tanto a la hilandera como a una mujer soltera.

Hay que tener en cuenta que resulta muy importante realizar una lectura adecuada de los momentos de transición entre una y otra etapa, porque estos pasajes no son una mera evolución, son transformaciones impulsadas por las luchas. Por ejemplo, el fin del trabajo a domicilio es una respuesta a la decisión de ponerle fin para ejercer más control, para poderlo controlar más; porque con el trabajo a domicilio robaban. Por ejemplo, el mercader te daba el hilo para tejer, pero no te daban la tela suficiente y tenías que comprarla aparte. Así que, dijeron: “no, lo ponemos junto, toda la manufactura, en la gran industria, así lo podemos controlar”. Entonces, hay que entender que son también procesos de cambio y de lucha.

Esto hasta ahora. Ahora esto del salario familiar, del trabajo doméstico, la mujer en el hogar... ahora se rompe de nuevo con las luchas de las mujeres, de los/as jóvenes. Se rompe de nuevo. Y está claro que está no va a ser la última forma que tome el trabajo de reproducción. Es posible que nos manden a casa de nuevo o surja un nuevo tipo de familia.

Rev. Atlánticas: Queríamos también hacerte una pregunta en torno a cuestiones conceptuales. Se ha hablado mucho en un determinado momento de trabajo doméstico; por supuesto, también de trabajo reproductivo. Y, desde hace algunos años, se habla mucho del concepto de cuidados. Incluso hay quienes critican la distinción entre cuidados y trabajo doméstico por la separación entre la dimensión emocional y material de los trabajos. ¿Podrías contarnos tu opinión al respecto de este debate conceptual?

Silvia Federici: Cada concepto tiene una historia y cada concepto tiene una potencialidad política. Yo creo que esto es muy importante. Por ejemplo, en los años 70 nunca se hablaba de trabajo de cuidados y, si se hablaba, era como parte del trabajo doméstico. El concepto de trabajo de cuidados yo creo que comienza a aparecer en los años 80 más o menos en el ámbito de las Naciones Unidas y fue apropiado rápidamente por mujeres que hacen trabajo doméstico de forma remunerada como una forma de poner en valor su trabajo, para mostrar que es un

trabajo no solamente material, que hay una parte emocional. Ahora, llega un momento en los años 90 y después de los años 90 donde todo es trabajo de cuidados, donde el trabajo doméstico desaparece, y esto me preocupa. Siempre se pone el acento sobre el aspecto emocional, inmaterial... ¡pero si los niños también se limpian! ¡y también hay que darles de comer! Y también en el trabajo de reproducción es importante ver que no se puede separar el aspecto material del aspecto emocional, del aspecto cognitivo. Me preocupa también que se puedan construir jerarquías; por ejemplo, entre la que limpia y la que presta cuidados. Por eso yo creo que es necesario tener cuidado de cómo se usa esta categoría de los cuidados; no podemos absolutizarla, dando a entender que todo el trabajo de reproducción se reduce al cuidado porque el trabajo de reproducción es mucho más amplio que el cuidado. Y también hay que pensar que hacer la comida tiene un aspecto cultural, un aspecto cognitivo.

Rev. Atlánticas: ¿Cuál es la agenda política que tiene detrás un concepto como el de cuidados?

Silvia Federici: Por un lado, pone en valor algunos aspectos del trabajo reproductivo, lo que es muy importante. Por otro lado, tiene el límite de que separa este trabajo del trabajo material y de otros aspectos del trabajo domésticos, porque muchas veces es usado como si fuera únicamente un trabajo cognitivo, un trabajo emocional. El temor que tengo es el de que se creen jerarquías, lo que puede suponer implícitamente la devaluación de los aspectos más materiales del trabajo de reproducción. Por eso me gusta hablar de trabajo reproductivo, que es un concepto que reconoce que es un trabajo con tantos aspectos, con tantas formas que difícilmente se pueden compartimentalizar y separar. Por ejemplo, yo vivo cerca de un parque. Cuando tú vas a las 11 de la mañana ves cientos y cientos de mujeres afrodescendientes, caribeñas... con niños y niñas blancos... El trabajo que hacen estas mujeres es complejo y es un trabajo también muy material: a estos/as niños/as los/as limpian, les dan de comer, los ayudan a jugar... así que también es emocional.

Rev. Atlánticas: La iniciativa del salario para el trabajo reproductivo marca un antes y un después en cuanto que nadie a partir de esa campaña duda que eso sea un trabajo, pero, obviamente, no ha tenido éxito, aunque quizás ése no era su objetivo, a la hora conseguir ese salario para el trabajo reproductivo y, por otra parte, ha generado cierta división en el pensamiento feminista. ¿Qué vigencia tendría en la actualidad esa iniciativa?

Silvia Federici: El problema es que el trabajo doméstico no entra en la academia. Si tú hablas de trabajo doméstico en la academia, eso te desvaloriza. Los cuidados están de moda porque es lo inmaterial, lo cognitivo, lo emocional..., pero el trabajo doméstico no está de moda, es algo muy diferente.

Yo estoy harta de hablar de la campaña del salario para el trabajo doméstico, pero en la introducción del libro *“Salario para el trabajo doméstico”* [Ed. Traficantes de Sueños] explico que era una estrategia para mostrar el rechazo al trabajo no pagado, no era solamente reclamar un sueldo para el trabajo doméstico, sino que era parte de una estrategia de rechazo del trabajo no pagado y de mostrar que este trabajo es un trabajo que produce riqueza. También se quería rechazar la idea de que para buscar un poco de autonomía económica tú debes, como mujer, hacer dos trabajos. Era para dar el poder a las mujeres de decidir si trabajar fuera de la casa, si no trabajar fuera de la casa... que no se viesen obligadas a buscar un segundo trabajo, lo quisieran o no, simplemente para tener un poco de autonomía económica. Obviamente, no es que quisiéramos decir a las mujeres “tienes que trabajar en casa”, pero significaba pensar en una redistribución de la riqueza que pusiera la riqueza al servicio de la reproducción. Y después las mujeres podrán decidir si quieren trabajar fuera de la casa o no, pero al menos se enfrentarán a los empleadores desde una posición de fuerza; no van a pedir un trabajo fuera de casa en posición de desesperación, porque no tienen nada, ni en condición de persona que tiene que hacer dos trabajos. Entonces tú sí puedes decidir si quieres o no trabajar. Nunca hemos visto el salario para el trabajo doméstico como un fin, como la revolución, como el paraíso; única y simplemente como una estrategia para

cambiar, con una perspectiva de largo plazo. Y por supuesto que no es una estrategia para acabar con el capitalismo; es una estrategia para reiniciar la lucha con más poder. Ése es el objetivo. No es que estemos contentas de trabajar en casa.

Hoy en día la necesidad de buscar recursos para la reproducción continúa a ser una problemática central porque hoy la gente se reproduce en la miseria. Todo el salario que ganan las mujeres se va en pagar la comida que tienen que comprar fuera, va en cuidados porque debes emplear a una persona... al final, no queda nada del salario y es por eso por lo que se recurre al crédito. En realidad, hoy se deben comprar en el mercado todos los servicios de reproducción (limpiar la ropa, comprar la comida, el cuidado de los/as niños/as...), así es que el salario se queda muy escaso. No se ha solucionado la problemática de la reproducción. ¡Las mujeres pagamos 1.000 dólares solamente por parir!

Hoy sería necesaria una lucha de las mujeres que hacen trabajo doméstico remunerado conjunta con las que lo hacen no remuneradamente. En Nueva York yo he visto que la lucha de las trabajadoras domésticas ha contado con el apoyo de mujeres empleadoras porque, aunque hay mucha violencia y muchos abusos, también hay muchas mujeres que se reconocen, si bien no es la mayoría. Si el movimiento feminista no reconoce la importancia de luchar por la reproducción no cambiará nada y seguiremos como hasta ahora, que casi no se ha cambiado nada, casi nada. En Estados Unidos, por ejemplo, las mujeres afrodescendientes han intentado cambiar las condiciones en las que las mujeres van a parir en los hospitales, reclamando su derecho a no ser victimizadas. Es que yo veo que el movimiento feminista es hoy un barco que se mueve con fuerza, pero que no tiene dirección.

Rev. Atlánticas: ¿Cómo valoras entonces el papel de estos movimientos que reivindican una lactancia prolongada, el apego... que reivindican un parto “natural”, que vuelven a demandar un papel de la madre mucho más intensivo en la crianza?

Silvia Federici: Yo creo que las mujeres deben elegir qué quieren hacer. Yo tengo una pelea con muchas feministas que piensan que toda la creatividad se hace fuera de la casa, que la creatividad está fuera de la reproducción, que no ven el significado potencialmente revolucionario de la crianza, que no entienden que la crianza no es solo limpiar el culo de los/as niños/as sino crear y criar a las nuevas generaciones. Si tú lo haces seriamente implica decidir qué valores vas a enseñar; crear a los/as niños/as es tomar decisiones sobre la nueva sociedad. Esto no es un trabajo menos creativo que el que se hace fuera de casa.

Yo en este período viajo bastante y en las tiendas caras de los aeropuertos siempre me fijo que hay un montón de mujeres que están todo el día vendiendo perfumes, bolsos... esto es una pequeña imagen de lo que es el trabajo de las mujeres. También está el trabajo de las mujeres en oficinas, sola, a veces en un espacio sin ventanas... ¿y piensas que cuando vas a trabajar fuera de la casa vas a superar el aislamiento y que vas a encontrar la creatividad? ¡No! Vas a desarrollar un trabajo y, en realidad, pocos son los trabajos que te dan la capacidad de una vida más creativa. Entonces, hay muchas mujeres que van a preferir estar en su casa con sus hijos/as. ¿Cómo podemos entonces cambiar esta obligación de salir de la casa?

Yo veo la revolución como un proceso y creo que las reivindicaciones deben tener varios objetivos, como solucionar el problema de la vivienda y de la supervivencia, pero también el problema de las divisiones, porque nuestra prosperidad no puede ser al precio de la vida de los/as otros/as. Éste debe ser un principio político fundamental. Se debe formular una estrategia de reapropiación de la riqueza y de superación de las divisiones sociales que han creado entre nosotras como el núcleo de la lucha por la reproducción hoy en día. Y tenemos que entender que hay muchas formas de pensar la reapropiación de la riqueza porque no hay una forma única. En los años setenta pensamos en el salario, pero se puede pensar en relación con la vivienda, con la renta, con la salud... y también en forma monetaria porque no somos capaces todavía de salir completamente de la relación monetaria. Nuestras estrategias entonces no son puras; en el fondo, todos/as estamos

comprometidos/as con el capital.

Rev. Atlánticas: Cambiando un poco de tema, en tus textos y en tus intervenciones has hecho frecuentemente una comparación entre el papel histórico del trabajo esclavo en la reproducción de la población europea y el papel actual de la fuerza laboral migrante.

Silvia Federici: Es que yo creo que a partir del análisis sobre el trabajo doméstico hemos empezado a ver la conexión entre sexismo y racismo y a ver que ambos son elementos estructurales. A partir de los siglos XVII y XVIII, la economía esclavista de plantación estaba completamente integrada en el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Entonces, los trabajadores asalariados eran en parte reproducidos por las mujeres y otra parte por los esclavos. El algodón, el ron, el café, el té... han sido producidos en las plantaciones americanas; han sido parte de este proceso de mantener bajo el coste de reproducción de la fuerza de trabajo, así es que la esclavitud ha sido parte integral del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo metropolitana. Y esto continúa hoy en día con los/as migrantes, que son parte de la reproducción, y los manteros también. Yo recuerdo que unos años atrás, en Grecia, que las compañeras me decían que a los manteros solo les compraban los proletarios, pero ahora todos/as compran de los manteros; las tiendas cierran, pero los manteros ofrecen cercanía, y aún así los gobiernos los persiguen.

En realidad, el proceso de descolonización sirve para la reestructuración del trabajo de reproducción. Sería una fase más, la quinta, en la historia de la reproducción, porque la historia de la reproducción también es la historia de una constante reestructuración.

Rev. Atlánticas: Resulta también muy interesante el vínculo que trazas entre la obsesión demográfica que se desata tras la Peste Negra y la apropiación del control de la natalidad que tenían las mujeres en aquel momento. Ahora estamos también un momento en que se están despertando también las alarmas

demográficas. Por ejemplo, aquí en España se ha creado un Alto Comisionado para el “reto demográfico” desde el gobierno que está enfocado a la desnatalidad, la despoblación y al envejecimiento como problemas. ¿Qué crees que supone esta nueva obsesión demográfica en la guerra contra las mujeres?

Silvia Federici: Yo creo que es importante ver que este énfasis en la natalidad no es universal; se pretende que algunas mujeres se reproduzcan, pero se cortan las posibilidades de que otras mujeres se reproduzcan. Es muy importante darse cuenta como los Estados a nivel internacional incentivan a reproducirse a las mujeres blancas de clase media para frenar la caída de la natalidad, que es un fenómeno también de ámbito internacional, y, por otro lado, lanzan una campaña brutal contra las mujeres africanas denunciando la explosión de la población, acusándolas de empobrecer a sus comunidades porque tienen demasiados hijos... En realidad, acusándolas de todo. Entonces, el objetivo es controlar quién puede reproducirse y quién no puede reproducirse. Esto es, a diferencia de lo que pasaba en el siglo XVI, en que el capitalismo necesitaba acumular, acumular y acumular, hoy tiene un mundo, así que puede seleccionar: “usted puede reproducirse, usted no se puede reproducir”. Esto explica porque, por un lado, promueve la despenalización del aborto y, por el otro, el control y la estabilización de la población. Es importante ver que hoy no se trata de una cuestión meramente cuantitativa, sino que se trata de elegir quién puede reproducirse y quién no puede reproducirse. Aquí sí que tiene una preocupación porque está bajando el nivel de reproducción, está bajando muchísimo. Por ejemplo, en Estados Unidos estamos en una crisis histórica de reproducción; el número de hijos/as por mujer no es cero, pero es 1,8. En Italia, antes de la nueva ola de inmigración, estaban cerrando año tras año las escuelas primarias porque las mujeres no están teniendo hijos/as. Y es que deben tener un apoyo, deben tener un compañero, deben tener algo porque si no es duro, es muy duro; si tú eres soltera, es muy duro. Yo creo que hay un problema porque también hay cierto feminismo que es antinatalista, un feminismo estéril. Yo lo he visto en Italia. Tú puedes decir que no vas a reproducirte, pero no

puedes establecerlo como una estrategia para las masas, no puedes entender la infecundidad voluntaria como una estrategia política.

Nuestro problema como feministas no es de cuánta gente se va a reproducir; nuestro problema es si tenemos control y tenemos servicios, y así podemos decidir si vamos a tener hijos/as o no vamos a tenerlos/as, si tenemos las condiciones ideales para tenerlos/as, etc.

Rev. Atlánticas: Por último, te quería preguntar también sobre la cuestión que tratas en varios de tus libros y que remite, indirectamente, al tema de la interseccionalidad, porque hablas en varias ocasiones de sistemas de opresión, pero también de jerarquía de las opresiones, y me gustaría preguntarte cómo concibes y planteas tú esta cuestión de la imbricación de opresiones.

Silvia Federici: Yo siempre he hablado del capitalismo como un sistema de opresión, pero no creo en la existencia de diferentes sistemas de opresión. Lo que tenemos es un sistema que ha dado lugar a la jerarquía de géneros y que la ha usado para conseguir su poder, y eso es todo. Yo no creo que sean sistemas autónomos que se encuentran... yo no creo eso. Yo creo que formas de sexismo y de racismo existían antes del capitalismo, pero el capitalismo los recrea, se los apropia, les da nuevos fundamentos; no es que sean sistemas separados que se encuentran en un momento dado. El sistema capitalista se ha apropiado de la forma patriarcal y le ha dado nuevos fundamentos; los capitalistas son muy bravos, han dejado lo que no necesitan, han tomado lo que sí necesitan y le han dado una forma nueva. La división patriarcal y la racista no son las mismas en la Edad Media que en la actualidad. Hay que pensar que el racismo hunde sus raíces en la esclavitud, por lo tanto, se configura en el siglo XIX y principios del XX, así que no somos capaces de pensar cómo era el racismo en el período feudal, o cómo era la esclavitud en Grecia.